

ONTOGÉNESIS DE LOS SÍMBOLOS. (1913u).



Sandor Ferenczi.

Cualquiera que con finura psicológica observe el desarrollo psíquico del niño, ya sea directamente, ya por medio de los padres, puede confirmar en su totalidad las indicaciones del doctor Beaurain¹ sobre la manera en que el niño forja sus primeras nociones generales. Es indudable que el niño (igual que el inconsciente) identifica dos cosas diferentes basándose en el más mínimo parecido, y que desplaza fácilmente el afecto de una a otra y les atribuye el mismo nombre. Este nombre es, pues, el representante muy condensado de un gran número de casos particulares, fundamentalmente diferentes, pero que tienen un cierto parecido (incluso lejano) y que por esto se identifican unos con otros. A medida que se desarrolla el sentido de realidad (inteligencia) en el niño, éste es inducido a descomponer progresivamente tales productos de concentración en sus elementos, aprende a distinguir lo que se parece en ciertos aspectos, pero difiere en otros. Muchos autores admiten y describen este proceso, y las comunicaciones de Silberer y de Beaurain al respecto han aumentado nuestros conocimientos nuevos datos y profundizado nuestra comprensión de los procesos psíquicos de desarrollo.

Estos dos autores ven en la insuficiencia que tienen los niños en cuanto a la facultad de discriminación la condición principal para la aparición de los primeros grados onto y filogenéticos de los procesos cognitivos. Yo no critico su concepción sino en la medida en que designan mediante el término “símbolo” los primeros grados de conocimiento. En cierto sentido las comparaciones, las alegorías, las alusiones, las parábolas, los emblemas y en general toda representación indirecta pueden ser considerados como productos que provienen de distinciones y definiciones engañosas, y por lo tanto se trata de símbolos en el sentido psicoanalítico del término. No podemos considerar como símbolo, en dicho sentido psicoanalítico, más que las cosas (representaciones) que llegan a la conciencia con un bloqueo afectivo sin explicación ni justificación lógica, y cuyo análisis permite determinar que deben esta sobrecarga afectiva a una identificación *inconsciente* con otra cosa (representación) a la que pertenece de hecho este suplemento afectivo. Cualquier comparación no es por lo tanto un símbolo, sino únicamente cuando uno de sus términos es rechazado al inconsciente.² Rank y Sachs dan la misma definición de la noción de símbolo: “Llamamos símbolo a un modo particular de la representación indirecta que se distingue por características determinadas de la comparación, de la metáfora, de la alegoría, de la alusión y de otras formas de representación imaginarias del material del pensamiento (a la manera de un acertijo)”... “(el símbolo) es una expresión sustitutiva aparente que suple cualquier cosa que se halle oculta.”³

Tales consideraciones incitan a no confundir de manera general las condiciones de aparición de los símbolos y las condiciones de formación de las comparaciones, sino a investigar las condiciones específicas de aparición de estas variedades particulares de formación de las comparaciones.

La experiencia psicoanalítica nos enseña de hecho que la principal condición para que surja un verdadero símbolo no es de naturaleza intelectual sino afectiva, aunque sea necesaria la intervención de una insuficiencia

1.- Beaurain: “El símbolo y las condiciones de su aparición en el sueño.” Intern. Zeitschr. f. ärztliche Psychoanalyse, año I, número 5.

2.- Ver a este respecto mis artículos: “Contribución al estudio del onanismo” (O. C., I); “El simbolismo de los ojos”, y “Crítica de Metamorfosis y símbolos de la libido”, de Jung, en este volumen.

3.- “Importancia del psicoanálisis para las ciencias psicológicas”, colección Löwelfend, Bergman, Wiesbaden, 1913, p. II.

intelectual para su formación. Quiero justificar esta afirmación mediante unos ejemplos que ya he expuesto en otra parte, y que están extraídos del simbolismo sexual.

Hasta que la necesidad no le obliga a adaptarse y en consecuencia a tomar conciencia de la realidad, el niño se preocupa exclusivamente de la satisfacción de sus impulsos, es decir, de las partes de su cuerpo que son la base de esta satisfacción, de los objetos apropiados para suscitarla y de los actos que la provocan. Partes de su cuerpo aptas para realizar una excitación sexual (zonas erógenas) son, por ejemplo, la boca, el ano y el órgano genital que atrae especialmente su atención.

“El psiquismo del niño (y la tendencia del inconsciente que subsiste en el adulto) comparten -en lo que concierne al propio cuerpo- un interés primero y exclusivo, y más tarde preponderante, por la satisfacción de sus impulsos, por el regocijo que le procuran las funciones de excreción y las actividades de chupar, comer y tocar las zonas erógenas. No es nada extraño que su atención sea atraída en primer lugar por cosas y procesos del mundo exterior que le recuerdan, debido a un parecido lejano, sus experiencias más queridas.

De esta forma se establecen estas relaciones profundas que persisten toda la vida, entre el cuerpo humano y el mundo de los objetos que llamamos *relaciones simbólicas*. En este estado, el niño no ve en el mundo más que reproducciones de su corporeidad y, por otra parte, aprende a representar por medio de su cuerpo toda la diversidad del mundo exterior”.⁴

Así aparece la “sexualización del universo”. En este estadio, los niños designan fácilmente todo objeto oblongo mediante la denominación infantil de su órgano sexual, y ven en cualquier abertura un ano o una boca, en cualquier líquido la orina, y en toda sustancia blanda las materias fecales. Un niño de un año y medio, cuando se le mostró por primera vez el Danubio, gritó: “¡cuánta saliva!” Un niño de dos años llamaba “puerta” a todo lo que podía abrirse, entre otras cosas a la pierna de sus padres que él podía abrir y cerrar (abducción y aducción). Hallamos también asimilaciones análogas entre los diferentes órganos del cuerpo: el niño identifica el pene con los dientes, el ano con la boca; es posible que el niño encuentre de este modo para cada parte de la mitad inferior del cuerpo bloqueado afectivamente un equivalente en la mitad superior del cuerpo (principalmente en el rostro y la cabeza).

Sin embargo, una identificación de este tipo no es todavía un símbolo. Sólo cuando la educación cultural ha logrado rechazar uno de los términos de la analogía (el más importante), el otro término (el más insignificante en su origen) adquiere un suplemento de importancia afectiva y se convierte en símbolo del término rechazado. Al principio, la paridad: pene-árbol, pene-campanario es consciente, y a consecuencia del rechazo del interés centrado sobre el pene, el árbol y el campanario adquieren esta sobrecarga de interés inexplicable y en apariencia injustificado; se convierten en símbolo del pene.

Del mismo modo los ojos se han convertido en símbolo de los órganos genitales a los que se han identificado desde hace tiempo sobre la base de un parecido superficial; también de este modo la parte superior del cuerpo por lo general ha adquirido la significación simbólica que tiene a partir del momento en que el rechazo ha despertado nuestro interés hacia la parte inferior del cuerpo; y también probablemente se han constituido de este modo ontogenéticamente todos los demás símbolos del órgano sexual (corbatas, serpientes, extracción dental, caja, escalera, etc.), que desempeñan un papel tan grande en nuestro sueño. Señalemos que, en los sueños de los dos niños mencionados anteriormente, la puerta era para uno el símbolo del regazo paterno, y el Danubio, para el otro, el símbolo de la excreción.

Desearía mostrar mediante estos ejemplos la importancia decisiva de los factores afectivos en la formación de los símbolos auténticos. Debemos, pues, en primer lugar, fijar nuestra atención sobre los factores afectivos si queremos distinguir los símbolos de los demás productos típicos (metáfora, comparación, etc.) que son también formas de condensación.

La consideración exclusiva de las condiciones formales y racionales puede fácilmente inducir a error cuando se explican los procesos psíquicos.

4.- “El desarrollo del sentido de realidad y sus estadios”, en este volumen.

Antes, por ejemplo, existía la tendencia a pensar que se confundían las cosas *porque* se parecían entre ellas; hoy sabemos que existen razones determinadas para la confusión, y que el parecido es sólo la ocasión que permite a estas razones manifestarse. Del mismo modo, podemos afirmar que la falta de percepción solamente explica de modo insuficiente la formación de los símbolos si no se tienen en cuenta las razones que inducen a elaborar tales comparaciones.

(Sandor Ferenczi. Obras Completas, Psicoanálisis Tomo II, Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1984).

Volver a Selecciones Ferenczianas

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: alsfchile@alsf-chile.org.